
La ciudad como génesis histórico-geográfica del surgimiento de la nación, el estado-nación y el nacionalismo

Marco Vinicio Peñaranda-Sánchez*
Quendy Bermúdez-Valverde**

Introducción

La geografía es “*un saber estratégico*”, “*un poder*”, escribe y demuestra Yves Lacoste (1977:7). Este axioma es una verdad histórica desde el momento en que el estratega militar chino Sun Tzu, indica que las probabilidades de victoria en una batalla serán mayores en el bando que mejor conozca el espacio en que se va a combatir:

Un jefe militar conocedor de su oficio sabe que un buen terreno es esencial para la movilidad de sus tropas. Hay que estudiar a fondo el lugar de la lucha antes de poder atacar con autoridad. De este modo se asegurará la victoria, a pesar de lo impredecible del destino (Sun Tzu; 2000: 14).

* Geógrafo. Instituto Geográfico Nacional.mvinicioster@gmail.com

** Graduada de Maestría en Geografía e Historia. Profesora de Historia de la cultura UdeCR. quendybermudez@yahoo.com

De ahí que no sea extraño que una de las ramas más desarrolladas en los ejércitos modernos sean las referidas a técnicas de conocimiento del espacio (Sistemas de Posicionamiento Global, Procesadores de Imágenes de Satélite, Sistemas de Información Geográfica, Cartografía Análoga y Digital, Sensores Remotos, etc.). Sin ir más lejos, hoy día la base de ellos, a saber, análisis estratégicos de los ejércitos de las potencias occidentales, priva el concepto de geopolítica y de esa manera, los EE. UU. y aliados destrozan Irak en 1992, no tanto por ayudar a Kuwait, sino más bien para obtener espacio militar en la zona o en su defecto, fortalecerlo aduciendo defender las “democracias” árabes.

El anterior comentario introduce uno de los conceptos más abandonados en las Ciencias Geográficas, el de geopolítica, abandonado debido a que fue el pilar sobre la cual se cimentó la idea del “espacio vital” de la Alemania nazi, razón y justificación de las invasiones y “anexiones” de Hitler. Es a partir del concepto ratzeliano de “lebensraum”, que el general Karl Haushofer, ex jefe de Rudolf Hess, quien tenía el cargo N° 3 del partido Nacional Socialista, y “maestro espiritual” de Hitler (Lesta; 2009: 110) estructura el de espacio vital y con ello da un gran impulso a la geopolítica al extremo que es el mismo concepto que hoy justifica guerras de rapiña y masacres y potencias para beneficio del capital; revive nacionalismos obsoletos para justificar invasiones y ocupaciones de sus espacios vitales. Incluso, para algunos teóricos, las guerras son una forma de expresión de las naciones al argumentar lo siguiente:

... (que) la guerra es un método trágico y no eterno de dialéctica social: La guerra es la resultante de dos silogismo colectivos en conflicto: Las voluntades acumuladas en dos naciones acaban por encarnarse en dos ejércitos que marchan uno contra otro (Tarde, Citado por Bouthoul; 1971: 25).

Entonces podemos asociar guerra y violencia a los conceptos de *nación, estado– nación, nacionalismo y ciudad*. Sin que con esto se quiera decir que el origen de guerra y violencia se encuentre en forma exclusiva en estos *conceptos, fenómenos, espacios*, pues, en realidad, están mejor conceptuados como formas de expresión económica y de poder, relacionándose de una forma más estrecha con los *conceptos, fenómenos, espacios* mencionados, pues estos

llevan intrínseca la variable económica desde su origen. Más adelante se verá cómo es que en ellos subyace la idea de violencia y poder oficializados; porque si algo se puede asegurar, es que existe una fuerte relación entre violencia y nacionalismo, entre poder y nación, y entre espacio urbano y nación y estado-nación.

El principal problema de estos *conceptos, fenómenos, espacios* es que no se entienden a fondo en su génesis, no se comprende de qué están hechos, y el principal fallo de las personas radica en concepciones preconcebidas en nuestras cotidianeidad, de manera que se acostumbra a percibir la noción de nación y estado-nación a partir de interacciones internas, como paso previo para entender lo que se supone es su consecuencia, el nacionalismo, y a su vez, sin visualizar el nacionalismo como un fenómeno de carácter urbano, con la impronta de lo que significa, hoy en día, las subculturas juveniles urbanas de las que nos habla Keiniche Ohmae (1997), y esto, que en un principio tiene visos de verdad, puede trocarse en deformación del fenómeno si no se delimitan en forma clara estos *conceptos, fenómenos, espacios*.

Nación, estado-nación (más recientemente), nacionalismo y ciudad han sido objeto de estudio de las Ciencias Sociales y es desde esa perspectiva, a partir de la cual se analizan en el presente trabajo, tomando como herramientas las propias de las Ciencias Geográficas y en la medida de las necesidades haciendo uso del método histórico, asumiendo la historia como forma, evolución y devenir de la sociedad.

Uno de los rasgos que caracteriza a las Ciencias Sociales en nuestros días es la conciencia generalizada de crisis y, en particular, la crisis de las divisiones disciplinarias existentes; sin embargo, hablar de crisis en las Ciencias Geográficas quizás sea exagerar la situación:

Y no como dice Chisholm (1978:173) que una contrarrevolución sería un error, sino porque, como indica el estudio de Khun (1962;1970) sobre el cambio paradigmático, puede afirmarse que la ciencia progresa mediante una interrupción revolucionaria de la práctica normal. Lo cual convertiría toda crisis en algo transitorio y no en una situación terminal... (Gregory; 1984; 82).

Durante la edad moderna existió con frecuencia un hermanamiento instrumental y práctico entre la Historia y la Geografía, en forma particular en su parte corográfica. La unión entre Geografía e Historia se basaba en la tradición y en razones prácticas; Kant la eleva a un nivel teórico a fines del siglo XVIII, al considerar que las dos ciencias se sitúan aparte en el sistema de las ciencias, lo que los geógrafos han llamado el *excepcionalismo*, por estudiar fenómenos únicos en el tiempo y en el espacio.

Lo cual coincide, y con mucho, a la actual concepción de nación que nos brinda Ohmae (1997) acerca del papel que cumple la tecnología —que a la postre crea una subcultura juvenil— y el transporte, en el sentido de que estas tecnologías, en su variedad de información hacen que en la práctica se hayan perdido los espacios, los lugares y donde lo fundamental son los tiempos:

Solo se conocen bien dos lugares, aquel donde se duerme y aquel donde se trabaja; entre uno y otro ya no existen para las personas todo un espacio, sino más bien un tiempo...
(Lacoste; 1977: 31).

A tenor con la anterior cita de Lacoste, se cree que lo común en esos dos lugares que se conocen bien es que ambos representan formas de reproducción de la fuerza de trabajo, elemento esencial a la hora de hablar del surgimiento. Potenciación y consolidación de las formas urbanas.

Rediscutiendo conceptos

El desarrollo de los nacionalismos europeos a lo largo del siglo XIX obedece, como es sabido, a múltiples factores, pero es evidente que en buena parte corresponde, sobre todo después de 1848, a los intereses de la ascendente burguesía europea en momentos en que se unifican los mercados nacionales y en que dicha burguesía se embarca en un proceso de desmantelamiento del antiguo régimen, influenciada por las ideas desarrolladas alrededor de las revoluciones americanas y francesa (Guibernau; 1996: 55). La “nación” deja de ser un “alma”, “un principio espiritual” (según la acepción de Renan en su discurso en la Sorbona, el 11 de mayo de

1882) y pasa a convertirse en una realidad concreta; realidad a la que hay que darle sustancia, por medio de una bandera, una pieza musical, un dibujo:

El himno nacional,[...], la bandera nacional,[...], los villancicos fueron el primer tipo de canción popular que revivían los coleccionistas de la clase media (Hobsbawm; 1988: 8 - 9).

Es interesante señalar, ya que conviene a los fines de la investigación, que este bombardeo nacionalista tiene como objetivo principal niños y jóvenes. En Argentina en 1884 un decreto del presidente Roca reglamenta el uso de la bandera nacional estableciendo un uso diferencial entre el particular y el oficial (Bertoni; 1992: 102).

Nación

Peñaranda (1999) argumenta sobre la necesidad de implementar el concepto “nación” unido al de “espacio” y a su vez especifica lo siguiente:

Nación y Espacio (o territorio) son una unidad dialéctica, abstraerse del espacio al conceptualizar la nación, es negar la génesis del concepto, negar el sustrato (Peñaranda; 1999: 4).

Smith proporciona tres conceptos de nación, del cual interesa la tercera opción en donde la génesis de la nación encuentra su mayor expresión en las sociedades de inmigrantes, donde todos tienen los mismos derechos y donde sus culturas propias son toleradas con la condición de que acepten la estructura política y jurídica base del estado que los acoge (Smith; 1994:19).

Interesa en particular esta última concepción de nación, pues lleva en su interior la impronta de la investigación; es sorprendente descubrir como los planteamientos de Smith tienen un alto grado de correspondencia con la situación de Costa Rica en las tres últimas décadas: en los setentas y a principios de los ochentas, con la afluencia en masa de exiliados políticos

principalmente suramericanos, exiliados por las dictaduras fascistas que detentaban el poder en sus respectivos países, y en las décadas de 1980 y 1990, de centroamericanos que venían huyendo de los conflictos bélicos en sus países de origen, y luego, en los últimos años, cientos de miles de nicaragüenses que llegan al país escapando tanto de la guerra en su país como de la de difícil situación económica para con estos últimos. El grado de tolerancia a sus costumbres ha sido muy poco y solo por sus propios medios han ido construyendo sus propios espacios sociales.

Mientras que Hobsbawm (1998), Anderson y otros definen la “nación” como algo artificial, ficticio, como un orden pensado o imaginado (Jonig; 1995:18); Hroch parte de que “... *la decisión individual de “fundar” o de “inventar” una nación solo tuvo éxito cuando se daban otros supuestos o relaciones* ” (1994: 60), ergo, crear la nación no es solo inventar sus símbolos y/o tradiciones. La nación como formación socio-histórica adquiere una importancia relevante en el mundo moderno debido a que se ha investido como problema clave de la persona humana, lo que nos permite comprender por qué se forman naciones por procesos diametralmente diferentes a los que conllevaron a la formación de las naciones europeas, procesos que Morin define a partir de la explosión en fragmentos de la cristiandad occidental, aunado al decaimiento del feudalismo, como Formación Socio-Económica (FES), y de la aparición de la burguesía y con ella, las ciudades, ergo, la nueva FES, el capitalismo (1995: 151). El gran federalista estadounidense, Alexander Hamilton, crea un vínculo indisoluble entre “estado”, “nación” y “economía” siendo que en la lista de sus “grandes medidas nacionales” como obra de consulta, incluye medidas de carácter totalmente económicas como garantes de la “nación”, a saber: la fundación de un banco nacional, responsabilidad económica de las deudas del estado, la creación de una deuda nacional, la protección de la manufacturas nacionales por medio de aranceles elevados y la obligatoriedad de la contribución indirecta (Hobsbawm; 1998: 38).

Asumiendo la nación como una forma de reproducir el sistema, acentuado en su variable económica, y el “estado-nación” como una forma posterior en la evolución de la nación, se considera como una primera base en tesis del presente trabajo el buscar la génesis de las naciones a partir del proceso espacial que

deviene en las ciudades. Llama la atención la capacidad que tiene el espacio urbano de acumular plusvalía, característica tal que emana de su estructura productiva, la cual se basa principalmente en la transformación de materia prima —sector secundario de la producción— y en venta de bienes y servicios —sector terciario de la producción—. Es este el rasgo primordial a partir del cual se delimitará el espacio en su acepción urbana, así mismo definirá el impacto espacial del fenómeno estudiado.

En la era de la globalización, Castells deriva la concretización de la ciudad a partir de la identidad territorial, con lo cual — sostiene— se reinventa la ciudad-estado como característica importante en dicha era, e incluso con cierta similitud a lo que significó la economía mercantil internacional en el origen de la Edad Moderna (2001).

Así, en ambos casos, el medio urbano es el producto de la articulación de las fuerzas productivas y relaciones de producción en un espacio determinado que se diferencia de otros medios, independientemente del modo de producción, por la forma en que se manifiesta la propiedad privada sobre los medios de producción: se puede caracterizar este hábitat como un medio de acumulación y/o apropiación de plusvalía (plusproducto).

Este espacio (...) lo es de los grupos sociales dominantes, propietarios de los medios de producción y que son los que poseen el capital suficiente para poner en marcha un proceso productivo en busca de la captación de plusvalía y plusvalor (Martín, 1989:11).

El “estado-nación” y la “ciudad” emergen de esa forma como parte y todo en la reproducción de la FES, un proceso constante de retroalimentación en el cual un estamento se fortalece con el otro y así sucesivamente. En algún momento de su vida y de sus escritos, Carlos Marx habló de la necesaria desaparición del “estado” como forma superior de desarrollo de la sociedad. Para que ocurra tal cosa es necesario quitarle el carácter económico a la ciudad, lo cual, a la luz de las actuales circunstancias, es práctica y teóricamente inverosímil.

Nación y Estado

Citando a Hobsbawn, se pronuncia Chiaramonte (1989: 82), quien dice que los vocablos “estado” y “nación suelen aparecen sin atribución precisa (1989: 79), e incluso de como en los primeros textos constitucionales argentinos, en dos oportunidades al invocar a la nación se refiere a la nación española. Mientras que, por su lado, Santos induce a un concepto holístico de estado-nación en donde argumenta que más allá del concepto base de la geografía regional, la “región”, está el concepto de estado-nación, cuando afirma lo siguiente:

La unidad geográfica o espacial de estudio es el Estado-Nación. La región no es más que una subunidad, un subsistema del sistema nacional. La región no tiene existencia autónoma, no es más que una abstracción, si la tomamos separadamente del espacio nacional considerado como un todo (1996: 33).

Ciertamente, el concepto de estado y sobre todo el de estado moderno como estado-nación va muy ligado al uso de la violencia, a buen decir de Max Weber: “*el monopolio de la violencia es el sello del estado*”.

En el caso específico de América Latina, tal y como lo analiza Carlos Muñoz, el papel del Estado en el campo económico ha sido particularmente importante, lo que le permite señalar lo siguiente:

(Este hecho) unido al carácter transitorio y cambiante de las coaliciones y alianzas, lleva a que el dominio prolongado y continuo del Estado por parte de una fracción o coalición de la clase dominante, se haga difícil [...] en el renovado intento de establecer o redefinir la hegemonía (Muñoz; 1993: 276).

O’ Donnell (1981: 78-81) define las tres solidaridades colectivas de la siguiente manera:

- a) La nación: la principal en la forma de un *nosotros*, compuesta por una red de solidaridades que se sobreponen a la diversidad y al antagonismo para crear una colectividad distinta a las de *ellos*, o sea, las otras naciones.

- b) La Ciudadanía: por un lado, igualdad abstracta que sustenta y fundamenta la reivindicación de que el poder emana de los ciudadanos, y, por otro, igualdad de derecho a demandar y obtener protección jurídica ante acciones arbitrarias por parte de agentes o instituciones del Estado.
- c) El *pueblo* o *lo popular*, el “nosotros” que al estar en una posición menos favorecida dentro de la sociedad, es portador de las demandas de justicia haciéndose acreedor de las obligaciones del Estado.

Ahora bien, nación y región pueden tomarse opuestas en la medida en que si se enfatiza en una se niega la otra; es esta realidad la que le permite a Keniche Ohmae, afirmar que la desaparición del estado-nación da lugar y es producto del estado-región (1997).

Nación, Estado y nacionalismo

La génesis del nacionalismo para Hroch se puede encontrar en los movimientos nacionalistas y además “... fue una de las muchas formas de conciencia nacional que emergen en el curso de estos movimientos” (1993: 5) que plantean en lo fundamental tres demandas, a saber: a) el desarrollo de una cultura local basada en el lenguaje; b) derechos civiles y administración propia; y c) estructura social que incluya élites educadas (1993: 5).

Guibernau (1996: 58) le da un sesgo más amplio al concepto de nacionalismo cuando lo define como un sentimiento de pertenencia a una comunidad que se identifica con símbolos, creencias y formas de vida, además de manifestar voluntad de decisión sobre el destino político común.

Un aspecto llama la atención en cuanto al tema del nacionalismo: que el argumento de lo nacionalista es una de las palancas principales que se utilizan, hoy día y antiguamente, para movilizar amplios sectores de la población en contra de otros individuos, también agrupados en colectividades, algo así como el *nosotros* y el *ellos* referidos anteriormente.

Es bastante lo que la geografía tiene que aportar a esta discusión:

Guste o no, los argumentos geográficos pesan con fuerza, no solo en el discurso político (o de los políticos), sino también en la expresión popular de la idea de patria, trátase de los reflejos de una ideología nacionalista invocada por unos coroneles[...] o los sentimientos del pueblo vietnamita. La idea nacional es algo más que connotaciones geográficas; se formula en gran parte como hecho geográfico (Lacoste; 1997: 40).

A principios del siglo pasado, la geografía contaba con claros rivales que aspiraban a cumplir en la enseñanza una función semejante a la realizada por esta ciencia.

Entre otras razones que explican el triunfo de la geografía sobre las disciplinas rivales se encuentra, sin duda, una de gran importancia: la función asignada a la geografía en la conformación de sentimiento de nacionalidad.

En el desarrollo del sentimiento de nacionalidad, de la idea de patria, el conocimiento de la historia y de la “geografía” del propio país eran, sin duda, elementos indispensables. “*Sólo se ama lo que se conoce*”, sería una idea compartida por políticos y pedagogos, y es este aforismo el que justifica una de las variables de la encuesta. La geografía cumplió un papel que —como el de la historia— era absolutamente esencial en la época de aparición de los nacionalismos europeos. Y lo cumplió no sólo a través de la enseñanza con ideas acerca de la “unidad dentro de la diversidad” del territorio nacional, sino también mediante la realización de obras “científicas” y de divulgación acerca del propio país.

Así, la geografía se convirtió de forma creciente, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, en una ciencia al servicio de los intereses gubernamentales y al servicio de los intereses de la burguesía nacionalista europea, siendo precisamente esta sumisión la que le dio el apoyo generoso de los sucesivos ministerios de instrucción pública en los diversos países europeos. Las siguientes palabras del geógrafo Marcel Dubois, pronunciadas

en La Sorbona durante la lección inaugural del curso de geografía colonial en 1893, son suficientemente claras al respecto:

Yo sé que existe una categoría, felizmente poco numerosa, de historiadores que difícilmente perdonan a la geografía el hecho de que marque un lazo entre el hombre y el suelo, porque esta misma idea de localización, de influencia mutua, es algo vecino a la idea de patria, a la que ellos han declarado la guerra (Dubois, 1893; 129).

A ello hay que añadir que en la época del imperialismo europeo, la geografía cumplió además otra importante función al facilitar el conocimiento del imperio colonial, en el caso de los estados que lo tenían. El estudio detallado de las colonias era una parte imprescindible y bastante extensa en los cursos dedicados a la “geografía descriptiva universal”. Al justificar sus ideas sobre la enseñanza de la geografía en los niveles primario y secundario, Levasseur insistía en lo siguiente:

Importa mucho que el alumno tenga un conocimiento preciso, si no detallado, de las colonias, que es preciso que considere como una parte integrante de su país; cuanto más familiarizado se halle con esta idea estará más dispuesto a ir a servir en ellas o a habitarlas sin creerse expatriado (Levasseur, 1895; cit. por Torres Campos, 1896, 217).

Una vez más, la sumisión de la geografía a los intereses de las clases dominantes en la Europa de fin de siglo queda de manifiesto, y en ese caso, de forma bien significativa por boca de uno de los artífices esenciales de la institucionalización de la geografía francesa.

Lo Urbano y la Conciencia

Para los fines del trabajo en cuestión es necesario abocarse a una discusión conceptual sobre lo que significa el fenómeno urbano y su influencia directa o indirecta en la toma de conciencia nacional. La razón de esta discusión es que permite justificar la espacialidad del fenómeno.

Se asume que tanto el concepto como los objetivos y la razón de ser de la “nación” tiene su génesis y su retroalimentación en el fenómeno urbano, siendo que la ciudad es la máxima expresión de la explotación del ser humano y del espacio, lo cual conlleva a que también se manifieste como forma suprema de degradación ambiental, socioeconómica, moral, etc. La ciudad es el espacio idóneo para que la sociedad reproduzca el sistema, sea cual sea el sistema. Además, la ciudad induce/produce *arraigambre/desarraigambre*; es generadora de nuevas formas de cultura y *acultura*, en tanto distorsiona la realidad de los migrantes, creando falsas ilusiones de prosperidad y beneficio económico.

Enfoques diversos de lo urbano

Max Weber supone un origen de lo urbano a partir del comercio, pero agregando que *“el comercio y la organización económica no son suficientes para constituir una ciudad; lo mismo puede decirse de la guarnición o de la organización político-administrativa”* (Vargas; 1986: 35). Es un supuesto básico en ulteriores investigaciones sobre “lo urbano”.

Recogiendo el bagaje intelectual heredado de estudios anteriores, otros tantos científicos de diferentes especialidades se sumergen en la discusión sobre “el espacio urbano”: se destacan Jean Lojkin, (1981: 135), Christian Topalov (1979) y Milton Santos, que va a caracterizar las diferentes formas que asume el fenómeno urbano en función del espacio en que se desarrolla, tomando de esa manera dos principales: la urbanización en los países en desarrollo y la urbanización en los países industrializados (1973: 25 - 35). Henry Lefebvre y Manuel Castells articulan el concepto en función del modo de producción, pero a diferencia de Castells, Lefebvre da la idea del espacio urbano como *“...algo distinto y algo más que una superestructura (del modo de producción)...”* (Lefebvre; 1983: 172).

Castells, por su parte, enuncia dos formas en su génesis del proceso de urbanización, a partir del modo de producción dominante, adhiriéndose en parte a la concepción lefebvriana en

lo que respecta al modo de producción capitalista, en la cual el elemento principal es la propiedad, pero tipificando el fenómeno desde la perspectiva industrializante en lo que se refiere al modo de producción socialista:

En la Unión Soviética, donde en 1913 el 84% de la población era rural, la política económica destinada a crear las bases del socialismo reposaba en la industrialización acelerada (...). Ello representaba la creación de nuevas zonas urbanas y una tasa general de urbanización acelerada (Castells: 1982: 80).

Las manifestaciones de Castells (1986: 16-17) son importantes en el sentido de que determinan el proceso a partir de dos elementos básicos: la multiplicación de los puntos de concentración y el aumento de la dimensión de estas concentraciones; ambos elementos definidos a partir de la concentración de la población. ¿Y cuál es la génesis de la concentración? La condición primordial del fenómeno se halla en la transición del hombre de una etapa recolectora y cazadora a una agrícola, la llamada Revolución Neolítica.

Durante el 99% de su historia, la especie humana vivió [...] en tribus nómadas. Esta urbanización cero no era consecuencia del capricho, sino de la necesidad porque el sustento que proporcionaba el lugar no era suficiente para mantener familias numerosas. Los primeros establecimientos urbanos surgieron tan pronto como fueron tecnológicamente posibles (Davis; 1983: 82).

Las condiciones reinantes en el neolítico —ciclos armoniosos de las estaciones, régimen fluvial apto— permiten un exceso en la producción: por primera vez el hombre tenía no solo comida en abundancia, sino además un sobrante de tiempo y de energía, requisitos previos para la diversificación de la sociedad y la división social del trabajo. De esa forma, lo urbano “... nace a partir de la división social del trabajo y a la vez supone una separación entre trabajo productivo y otras actividades como la administración política o religiosa” (Argüello; 1981: 13).

Proceso e impacto de la Urbanización

Proceso: Tal como se emplea el concepto de urbanización, implica un proceso cultural, social y psicológico, por medio del cual las personas (individual y/o colectivamente) adquieren la cultura material y no material, incluyendo las formas de comportamiento y de organización, así como las ideas y/o ideología que tiene su origen y emanan de la ciudad, o bien que son característica de las mismas. Esto define ante todo un comportamiento del hombre con respecto a su medio y a la vez determina la percepción mental que el *homo urbanus* tiene de espacios un poco más lejos de su realidad inmediata. La urbanización, vista a esta luz, ha dado también por resultado lo que Toynbee ha denominado como la “occidentalización del mundo”, y “...se ha basado en estas tesis para proponer la asimilación pura y simple entre los términos de ‘urbanización’ y de ‘occidentalización’ (westernización)” (Castells; 1986: 96).

La razón de la asimilación de un término por otro estriba en que Europa y los Estados Unidos iniciaron muy pronto el camino hacia el urbanismo, y las fuerzas puestas en movimiento por esta evolución han penetrado en todas partes del Globo. Tal vez no existe una sola sociedad no occidental que no esté afectada por las formas culturales de las muy urbanizadas sociedades “de masas” occidentales. La influencia cultural preponderante del espacio urbano sobre el resto de la sociedad se debe, en parte, al hecho de que se producen, indudablemente, innovaciones culturales con más frecuencia en un clima social urbano que en un ambiente rural.

Impacto: La urbanización puede verse también en términos de su impacto. Esto es complejo y se manifiesta de modos distintos. Una vez que se ha tomado un aspecto de la cultura urbana y se le ha incorporado al sistema de formas de conducta y de pensamiento populares de otra cultura, subcultura o contracultura puede producirse una reacción en cadena, puesto que sus efectos resultan acumulativos. (Aranguren; 1983: 125-131).

Percepción del espacio

Hombre y espacio: El hombre es un ser vivo que tiene pautas de conducta, definidas en buena parte por el espacio geográfico en que vive y se desarrolla; de esa forma la percepción que tiene del

medio es inducida por el propio medio: es lo que Yanitski define como un sistema adaptativo-adaptador universal, según el cual “la actividad humana, siendo adaptativa por su naturaleza, aparece [...] también como adaptadora” (1984: 153).

El problema se presenta cuando en el interior del medio se producen y reproducen ciertas excentricidades que deforman la percepción inducida. Goleman y Feedman (1984:56-57) citan, entre otras aberraciones ambientales, las que se introducen en el cerebro del ser vivo, a partir de lo que ellos llaman *contaminación electromagnética*, producida por diversos electrodomésticos de uso común en nuestras ciudades. Estas ondas electromagnéticas atacan las funciones cerebrales que regulan el metabolismo del cuerpo dando la premisa del *stress* de ciudad. Es conveniente anotar el hecho de que sin caer en el determinismo geográfico, Muntañola relaciona el espacio geográfico con la conducta del hombre. Un ser humano, como cualquier otro organismo, es un objeto en el espacio, rodeado por un medio ambiente con el cual interactúa y al que responde. La manera como el ser vivo responda y se adapte a los estímulos del medio ambiente es la que va a definir su percepción de éste.

Los procesos de desarrollar percepción espacial determinan en cierta medida, la forma en que cada individuo se adapta a su ambiente, finalmente, ‘realidad’ viene a ser lo que se ve como realidad (Theron; 1978: 5).

Así es como entenderíamos la afirmación de Mitscherlich, en el sentido de que el hombre es lo que la ciudad hace de él y viceversa (Mitscherlich; 1985: 17).

A modo de conclusión

En Síntesis, una vez que la sociedad ha creado su espacio es que empieza a caracterizarse como nación y la posterior evolución a estado-nación. Esto significa que más allá del territorio no puede existir la nación como tal, ergo, no existe nación sin territorio y toda nación previamente ha creado su propio espacio social; la excepción son algunas naciones a la que artificialmente se les ha creado un espacio, en aras de intereses geopolíticos principalmente.

Entonces un pueblo que habita un espacio-territorio al que no está adaptado ni geográfica, ni histórica, ni culturalmente manifiesta diversas formas de relación, tales como guerras con los vecinos o dominación neocolonial. Pero en todo caso, el sentimiento de territorialidad-espacialidad va aunado a la formación de ciudades, espacios urbanos, o sea, está intrínsecamente relacionado a lo urbano, como forma de manifestación del espacio.

En otras palabras, la “nación”, el “estado-nación”, el “nacionalismo”, así como la “ciudad” son conceptos que trascienden su validez histórica socio-espacial, adentrándose en los inhóspitos territorios de la economía, la filosofía y la antropología. Así, las concepciones tradicionales de la “nación” nos hablan de lenguaje común, cultura y territorialidad. El modelo aristotélico se decanta en la justicia (Nobbio, Bovero; 1997: 58); para Milton Santos es una totalidad socio-espacial (1996: 34), para Stalin lo básico en la conformación de la nación es el lenguaje (Rodinson; 1997: 134) con el consiguiente error de no considerar naciones a Suiza, Canadá, y otras muchas más que no poseen unidad lingüística.

Visto así, el “estado-nación” es la forma organizacional que una parte de la sociedad ha asumido en aras de recrear, reproducir y proteger su sistema, una forma de supervivencia. Cuando el “estado-nación”, cualquiera que sea, se involucra en una guerra, ya sea de rapiña o de defensa, el fin último es o anexar territorio con lo que aumenta sus probabilidades de supervivencia y reproducción o mantener el “status quo”, ergo, mantener el sistema. Es tal la necesidad de la guerra como forma de preservar el sistema que para el 2008 había en el mundo 24 millones de personas sirviendo de forma regular en las fuerzas armadas, 54 millones de reservistas y 9 millones de paramilitares, reportándose 56 guerras en 1990 y 34 en el 2007, con más de 10 millones de muertos entre 1946 y 2005 (Smith; 2008: 58-74). Así mismo la guerra es lo más paradójico en cuanto a las relaciones entre la “nación” y sus gobernados en la medida en que, por un lado, castiga al ladrón y asesino individual y, por otro lado, premia al asesino genocida. Mozi de los filósofos en *El arte de la guerra*, en palabras de Thomas Cleary:

Describía la guerra como una masacre y ridiculizaba a los estados de su tiempo por castigar a ladrones y asesinos en forma individual, mientras que por otro lado recompensaba el saqueo y la masacre (Zhuge y Liu; 1996. 13).

En palabras de Miguel Peralta: “...toda nación-estado constituye un sistema complejo, multidimensional, cuyos problemas son contra intuitivos, pues no se resuelven por intuición” (Peralta:2010), de hecho, se resuelven por la fuerza, lo cual va a contrapelo con cualquier lógica, incluso el Tao Te Ching, contemporáneo de “Los 13 artículos de la guerra”, excelsa obra militar china, es drástico en cuanto al uso de la fuerza como forma de conseguir objetivos y dice:

*Las buenas armas son instrumentos nefastos.
Todos las detestan,
y, por eso, el hombre del Tao no recurre a ellas
(otras versiones dicen no son las herramientas del hombre
instruido (Zhuge y Liu; 1996: 12).
[...]
Las armas son instrumentos nefastos
Y no instrumentos de caballeros
[...]
Considerarlo grandeza es alegrarse
de la matanza de los hombres
Y quien se alegra matando a las personas
nunca llegará a tener éxito como gobernante de un reino
[...]* (Lao-Tse; 2004: 99).

Entonces el estado-nación se perfila como apología de la violencia, siendo así, quizás no sea extraño, el hecho de que la ciudad esté estrechamente relacionada con la génesis del fenómeno, ya que hablamos de nación desde hace unos 200 años para acá, lo cual coincide no tanto con el nacimiento, como con la consolidación de las ciudades. Aquí habría que llamar la atención sobre lo que se llamaron las ciudades-estado en la antigua Grecia, solo que esto era un fenómeno militar y con carácter económico, y no trascendió en la formación de una nación o estado-nación; una cultura sí, y sobresaliente por cierto, pero no una nación, aunque las variables que intervinieron en su desarrollo, a saber, una lengua, una cultura, unos héroes, eran más que suficientes

para que se formara la nación griega, pero circunstancias externas lo impidieron, dando lugar a la formación de un imperio y habría que discutir sobre qué es más preponderante si un estado-nación o un imperio. Discusión que deberá tomarse en su momento oportuno.

Así el ser humano, como entidad social, es lo que el espacio hace de él, en particular, se refleja en el espacio urbano y, a su vez, en la nación y el estado-nación con diversas formas de nacionalismo, o contraculturas espacializadas, producto de la interacción con los elementos que forman o deforman el espacio urbano. Así es como se entiende la afirmación de Mitscherlich, en el sentido de que el hombre es lo que la ciudad hace de él y viceversa (Mitscherlich; 1985: 17), agregando a esto que desde un principio, lo urbano está íntimamente ligado con la "territorialidad" y este último fenómeno, el que mejor caracteriza la agresividad en los animales, sobre todo en los mamíferos; así pues Lorenz (1969) y Ardrey (1967) piensan que la agresividad existente en todos los animales inferiores y es algo que los seres humanos han heredado de una manera inexorable. Para ellos la guerra es el resultado de coacciones instintivas, un carácter innato, inscrito en nuestros genes, a diferencia de Vladimir Ilich Lenin, para quien la guerra es una forma de política (Braun; 1979: 42), sin que necesariamente concuerde en esto con la concepción de Karl Von Clausewitz, quien la concibe como extensión de la política, como un acto de violencia encaminado a someter al adversario a nuestra voluntad (Clausewitz; 1972: 9). Al respecto escribe Lorenz:

Para todo sabio, para cualquier especialista en biología, no puede haber duda alguna: en el hombre, la agresión intraespecífica es el resultado de una pulsión instintiva, tan espontánea como en la mayoría de los vertebrados superiores (Lorenz; 1969: 58).

Con lo que se quiere decir, según Lorenz, que la agresividad humana es algo inevitable debido a su origen. Se puede discutir la aseveración de Lorenz, desde el momento en que el término "especialista en biología" es algo vago, pues lo mismo puede referirse a un especialista en reacciones enzimáticas, por ejemplo, o a un especialista en fisiología orgánica, aparte del hecho de que es aventurado extraer consecuencias a escala humana a partir

de estudios sobre comportamientos en animales, máxime que dichos estudios tienen una clara connotación en neuroquímica, neurofisiología, enzimología y metabolismo, y muy poco o nada en psicología social y/o ecología de poblaciones. Pues hasta qué punto se puede considerar agresivo a un animal que defiende su territorio, el espacio en que se reproduce y recrea, el agresor en este caso sería el *invasor*, lo que nos lleva de nuevo a los conceptos de nación, nacionalismo, Geografía Política y Geopolítica como expresión estratégica y justificadora de las guerras de rapiña, pues la agresividad se manifiesta en función del territorio, en función de la propiedad:

Es importante hacer notar que la necesidad está íntimamente ligada a la noción de propiedad. La noción de territorio, la propiedad del 'hueso', se halla profundamente engarzada en nuestro cerebro reptiliano" (Laborit; 1973: 59).

Y esa agresividad que en los inicios del sedentarismo del hombre tenía un carácter sexual o asegurarse del aprovisionamiento alimenticio, en la actualidad ha evolucionado en un sentimiento agresivo contra lo demás seres humanos, sin que ninguna de las variables mencionadas sean vitales. De esa forma, la agresividad resultante de la búsqueda del alimento o del instinto sexual (el sexo es la primera posesión humana, dice Laborit (1973: 60) ha sido desviada de su finalidad primitiva debido a profundas transformaciones de la organización socioeconómica de la sociedad.

Bibliografía

Bouthoul, Gaston (1971). *La guerra*. Barcelona, España. Editorial Oikos-Tau S.A.

Castells, Manuel (1982). *Crisis urbana y cambio social*. México. Editorial Siglo XXI.

Castells, Manuel (1986). *La cuestión urbana*. 11a. Edición, México. Editorial Siglo XXI.

Castells, Manuel (2001). *La era de la información*. Economía, Sociedad y Cultura. Volumen II; El poder de la identidad. Madrid, España. Alianza Editorial.

Chiaromonte, José (1989). "Formas de identidad en el río de La Plata luego de 1810". En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana*. Dr. Emilio Ravignani (pp. 71-93). No. 1, tercera serie, 1er semestre de 1989. Buenos Aires Argentina. Edición conjunta Fondo de Cultura Económica y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Clausewitz, Karl Von (1972). *De la guerra. I Sobre la naturaleza de la guerra. La teoría de la guerra. De la estrategia en general*. México D.F., México. Editorial Diógenes S.A.

Davis, Kinsgley (1983). "Urbanización". En: *Universitas Gran Enciclopedia del saber*. La Sociedad Tomo 9. Navarra, España, Editorial Salvat.

Lao-Tse (2004). *Tao te Ching*. México D.F., México. Edición Bilingüe. Ediciones Saga S.A.

Mitscherlich, Alexander (1965). *La inhospitalidad de nuestras ciudades*. Madrid España. Alianza Editorial.

Santos, Milton (1996). *Metamorfosis del espacio habitado*. Barcelona, España. Colección Textos de Geografía, Editorial Oikos-Tau S.A.

Smith, Anthony (1994). "Tres conceptos de nación". En: *Revista de Occidente* (pp 7-22). Fotocopia sin más referencia.

Sun Tzu (2000). *El arte de la guerra*. Barcelona, España. Editorial Paidotribo.

Sun Bin (1996). *El arte de la guerra II*. Madrid, España. Editorial EDAF S. L.

Weber, Max (1972). *El político y el científico*. Madrid, España. El Libro de Bolsillo, Editorial Alianza.

Vargas, Gonzalo (1986). *Comunidades urbanas*. Santafé de Bogotá, Colombia.

Zhugue y Liu (1989). *Ganar la guerra. La sabiduría militar china al servicio de sus metas personales*. México D.F., México. Selector Actualidad Editorial.